

VERONICA LOWRY

LA
DAMA
y los AGENTES


VESTALES

Lowry, Veronica

La dama y los agentes / Lowry, Veronica. - 1a ed . - San Martín : Vestales, 2017.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-3863-93-6

1. Novelas Históricas. 2. Novelas Románticas. I. Título.
CDD 863

© Editorial Vestales, 2016

© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar

www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-3863-93-6

Primera edición en libro electrónico (epub): diciembre de 2017

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamos públicos.

*Para Marta, Horacio, Carmen y Carlos;
nosotros somos y seremos "Los Cinco".*

*Para Laura, Mónica y Valeria;
maravillosas compañeras de eternos aquelarres.*

CAPÍTULO I

Marzo de 1856.

"Ah, un buen día de trabajo por delante", se dijo confiado Adam Baker, orgulloso propietario de la agencia de investigaciones de la calle Essex de Islington, Londres, esa bonita mañana de primavera. En ese particular momento de la vida, su mundo iba acomodándose poco a poco siguiendo el meticuloso plan que había elaborado veinticinco años atrás cuando solo era un miserable reparador de abolladuras en cacharros y ollas en Limehouse y Stepney, y la vida –o más bien John Mullrooney– lo había pateado, ensañado con él cuando estaba caído en el duro y sucio suelo.

Quién hubiera dicho que aquella noche de humillación a manos de la banda de rufianes del irlandés le dejaría una clara visión –además de heridas y contusiones varias– de su futuro objetivo en la vida: acabar con la acción impune de ladrones, estafadores y asesinos que se ensañaban con los más débiles de la sociedad. Desde ese momento catártico, había dedicado su existencia a aprender cuanto había podido y, a tal fin, hasta había servido unos cuantos años en la policía de la ciudad, lo que claramente le había deparado dos cosas buenas: haber obtenido capacitación y experiencia para su futura empresa y haber conocido a Roy Balling, quien lo había secundado y lo había ayudado a cumplir su

sueño desde una franca y sólida amistad. Y si de algo se vanagloriaba Adam, era de que no olvidaba ni a los que lo ayudaban ni a los que lo atacaban, razón por la cual, en el cuarto de siglo transcurrido, muchos delincuentes habían caído gracias a él y a su amigo... Al menos hasta seis años atrás cuando un desengaño amoroso había llevado a su compañero a la bebida.

En fin, meditó Adam, él no abandonaba a los amigos en la desgracia, y Roy seguiría bajo su cuidado siendo uno de Los Cinco. Le gustaba pensar en sus hombres como "Los Cinco". Todos habían demostrado ser excelentes agentes, cada uno en lo suyo y, aunque sus orígenes y antecedentes no estaban del todo limpios, trabajaban muy bien para él y habían llegado a formar un buen equipo.

Aún recordaba el comienzo del grupo hacía seis años cuando realizaba las primeras entrevistas para contratar a un par de hombres que los ayudaran en trabajos temporales. Las actividades de la agencia, más como deseo que como realidad, requerían, en esa época, de personas hábiles para seguir a maridos o mujeres infieles, salir ilesos después de hacer preguntas difíciles en lugares peligrosos, guardar las espaldas de algunos personajes de dudosa reputación pero con dinero, y hasta poner el cuerpo en una que otra situación complicada en la que un cliente se hubiera involucrado.

Así fue como había contratado al primer hombre, Abe Jones, exboxeador –más bien peleador callejero en el momento en que lo incorporaron– con treinta y seis años poco más o menos, un hombre de temperamento borrascoso, poca instrucción y mucha fidelidad, muy hábil luchando, que difícilmente fuera vencido en una contienda cuerpo a cuerpo.

El siguiente en agregarse había sido Louis Montrose, un exsoldado de veinte años que había trabajado en el área de artillería, buen conocedor de las más variadas armas y excelente tirador. Un joven agradable y jovial que gustaba de socializar con todos y era bien recibido por su naturaleza afable, lo que favorecía la obtención de pequeños detalles esenciales aquí y allá, útiles para las investigaciones.

Al poco tiempo, en oportunidad de ocuparse de la infidelidad de una mujer de la alta burguesía, Montrose había aportado a Jack Primm, un espécimen de gran apostura y belleza, en sus veintiséis, que vestía con cuidada elegancia y era un gran conocedor de la alta sociedad capitalina. Para beneficio de la futura agencia de la calle Essex, el señor Primm se hallaba en ese momento concreto en la más absoluta bancarrota debido a gastos excesivos en relación con su guardarropa, enfrentando el fracaso de un par de desafortunadas relaciones galantes y con necesidad de ocultarse por un tiempo de un marido celoso por lo que carecía de ingresos regulares que lo mantuvieran. La única mancha que había observado Adam en su pasado era que, hasta poco tiempo antes de decidirse por una vida algo más "convencional" –y quedar sin sus otras fuentes de manutención–, había sido un poco gigoló, un poco tahúr y otro poco notorio ladrón de guante blanco con, eso sí, la ostentación de un record más que envidiable: aunque por todos conocidas sus destrezas delictivas, jamás había sido atrapado por sus víctimas masculinas... o denunciado por las femeninas.

La última adquisición del grupo, tres años atrás, había sido Bertrand Calvert, otro exsoldado con una peculiar habilidad que había resultado de suma utilidad: no había cerradura, esposas o caja de seguridad que se le resistieran. Hombre callado y tranquilo, de una mente racional, era un conciliador por naturaleza. Por su temperamento equilibra-

do, los demás compañeros pronto comenzaron a considerarlo el segundo al mando y era el destinatario inevitable de las consultas que no podían hacer al jefe, el que no había dudado en aceptarlo como su reemplazo cuando las circunstancias lo requerían.

Mientras Adam rememoraba todo esto con gran auto-complacencia, traspasaba el umbral de la antigua casa de dos plantas que había logrado adquirir en una de las calles más activas y progresistas de Islington –casi frente al Green mismo– con los ahorros provenientes de años de duro y persistente trabajo. No había sido fácil: habían tenido que tomar las tareas más desagradables por mucho tiempo, pero el último año la fortuna les había comenzado a sonreír y llevaban varios casos de cierta repercusión con los culpables atrapados y alguna que otra mención breve en los diarios. Los buenos pedidos comenzaban a “lloviznar”, aunque todavía no podían dejar de aceptar casos de infidelidad, guardaespaldas y vigilancia; aun cuando los agentes entendían que, para sobrevivir como empleados con un aceptable salario quincenal, debían hacer ciertas concesiones, ya comenzaban a sentirse orgullosos de ser parte de la Agencia Essex, como ya todos la conocían, y de la resolución de casos notorios les había dado un definitivo *esprit de corps*. Adam había logrado unirlos como un equipo de investigación y solo le faltaba posicionar a la empresa en lo más alto para poder dedicarse a tener una vida propia.

Hasta las finanzas habían mejorado lo suficiente como para permitirle incorporar personal de apoyo: los recaderos Jim y Bob; la fidelísima señora Walloski, el ama de llaves; y el viejo McColl, el portero, tan devoto de su empleador que les daba problemas a los demás con su obsesión por que nadie fuera contra las reglas del “patrón”. A tal punto llegaba el celo y el empeño del viejo, que había tenido que sofrenar los encontronazos que este había tenido con su

más reciente adquisición encargada de organizar los papeles que iban acumulándose día a día, de las diligencias administrativas y la atención de los clientes. Facturas, cartas, planos y mapas de consulta, apuntes de las reuniones, informes de casos: todo había estado tirado desde el inicio en húmedas cajas roídas y ya hacía falta que la agencia luciera como Adam la soñaba: una organización de primer nivel que atrajera a clientes de escalones sociales más altos, mejor conectados y con mayores medios.

Cada vez que recordaba el día de la entrevista un mes atrás, el rostro se le distendía. Después de una intensa jornada en la que había entrevistado a cuatro postulantes para el puesto, se hallaba evaluando a los interesados cuando McColl anunció con gesto de desagrado que había “alguien” más.

—Déjelo entrar, me ha sobrado tiempo. Pensé que habría más interesados —había comentado negando extrañado por la escasa repercusión de su anuncio.

Arregló los papeles sobre el escritorio antes de acomodarse en la silla. Su mirada se desvió hacia la vieja taza despostillada en la que el portero le había traído té, frío para ese momento, y sintió sed y cansancio. Llevaba algo más de cinco horas con las entrevistas y los clientes y se hallaba entumecido, necesitado de estirar un poco las piernas.

La puerta se abrió con el habitual chirrido disonante que acompañaba las bisagras de la vieja casa. Adam levantó la vista y, por un instante, el corazón se le detuvo. Parpadeó varias veces incrédulo: el candidato era, en realidad, una candidata. Y no una cualquiera. Joven, de estatura mediana y cabello castaño claro, de refinada apariencia, vestía con ropas de excelente confección y calidad en castaño oscuro. Llevaba una fina capa —orlada de piel en el borde y el cue-

llo— hasta la cadera, un sombrero discreto y elegante con un breve velo, guantes, pero no bolso. De inmediato, la atención de Adam fue atraída hacia la seriedad y la determinación en las líneas firmes de la boca y al incongruente par de pesados anteojos de metal con vidrios tan oscuros que velaban la mirada de la mujer, lo que daba por resultado un anticlímax en tanta elegancia.

A la espera de ser invitada a pasar, la joven dama se había detenido en la puerta que el escocés acababa de cerrar de un golpe expresando su desaprobación por la inaudita presencia femenina en un ámbito solo destinado a hombres. Parapetado detrás de la vieja y algo destartada barricada de madera que llamaba escritorio, Adam la contempló largo rato sin poder reaccionar. Ella se quedó quieta, para permitir que el hombre alto de facciones agradables terminara de adaptarse a la idea de su presencia. Sabía que contaba con las cualificaciones requeridas para el trabajo y solo tenía un pequeño e insignificante problema: convencer al hombre que la miraba con indisimulado azoro del gran beneficio que le reportaría contratarla sin importar su género.

Adam logró reaccionar poniéndose de pie con brusquedad y tirando sin querer la silla en la que había estado sentado hacia atrás con un movimiento violento. Se giró torpemente y se dobló para levantarla mientras las palabras se perdían sofocadas contra la pechera de la camisa.

—Usted perdone, no entendí lo que... —dijo ella.

Se enderezó de golpe en su metro noventa con la silla en la mano y mientras la acomodaba, observó de refilón a la mujer que había dado tres tímidos pasos hacia el escritorio esquivando bultos y sillas y ahora adelantaba con precaución el rostro con la pequeña oreja derecha hacia él. Su

voz había sonado muy educada, de refinada modulación, definitivamente suave; sus movimientos fluían delicados y graciosos. Pudo distinguir que el cabello estaba sujeto cuidadosa aunque sencillamente en un moño de color castaño oscuro a la altura de la nuca. Su primoroso y pequeño sombrero parecía de diseño francés.

—Disculpe, señorita...

—Randolph, señor, Emily Randolph —respondió mientras se adelantaba un poco más y extendía con cautela la mano enguantada para estrechar la de Adam.

—Ah, sí, señorita Ran..., claro, sí —repitió nervioso mientras se abalanzaba a tomar la mano de la joven y la estrechaba con fuerza—. Oh, lo siento —agregó ante el rictus de dolor en el rostro femenino.

—No se preocupe.

—Tome asiento, señorita... eh... ¿Randall? —balbuceó mientras pensaba de inmediato en lo tonto que se veía, molesto consigo mismo por la imagen que daba.

—Randolph.

Tomó aire con fuerza. No podía seguir pareciendo un idiota; la invitó a sentarse con un gesto de la mano.

—Espero que sepa perdonar el asombro por su presencia. Soy Adam Baker.

—Lo sé, señor Baker. Su nombre figuraba en el anuncio.

—Sí, claro. Mmm, entonces, ¿viene usted por el puesto de asistente?

—Sí, señor. Creo que cumplo con los requisitos del anuncio. Hablo, leo y escribo cuatro idiomas, incluido por supuesto el propio. —La sonrisa brillante que le brindó anonadó a Adam que a partir de ese momento ya no pudo sustraer los ojos de la boca femenina—. Estudié lenguas clásicas, gramática, historia, arte, matemática, geometría, física y química; soy ordenada y tengo experiencia en organizar una oficina en sus tareas administrativas y contables. También tomo notas al dictado.

—¿Y dónde adquirió esa experiencia laboral, señorita?

—Trabajando en el estudio de lord Mallory Stephens. Aquí tiene una carta de recomendación; permítame que le dé los datos para que corrobore con él la autenticidad del texto.

Adam vio cómo la joven echaba un lado de la capa hacia atrás y llevaba las manos a la cintura donde distinguió una especie de bolso rectangular de cuero que la ceñía y se amoldaba a su firme contorno —por cierto, bien demarcado por el vestido entallado— del que extrajo un sobre y un anotador con un lápiz de impecable punta afilada. Ella le entregó la carta, luego escribió rápidamente unas palabras, desprendió la hoja y se la dio con mano un poco temblorosa. Al darse cuenta de que la joven fingía una firmeza que estaba lejos de sentir, Adam se relajó en la silla con una recuperada sensación de control. Leyó la carta con tranquilidad y, algo más sereno, le sonrió amable.

—Bien, verificaré los datos. La referencia es francamente irreprochable; vaya, vaya, uno de los más famosos abogados de la Corona. Y dígame, ¿por qué una dama como usted solicita un puesto como este?

Había empleado uno de sus trucos de interrogación: descolocar al interrogado con una pregunta directa y sin ambages. La vio apretar los labios y endurecer la mandíbula. Demonios, esos lentes oscuros no lo dejaban ver sus ojos.

—Por favor, ¿sería tan amable de quitarse los anteojos?
—demandó no sin cierta brusquedad que traslucía fastidio.

El tono de voz irritado sacó a la joven del trance en que había caído al oír la pregunta. Se recompuso y volvió a ser la misma persona decidida de minutos antes. Se quitó los anteojos con un movimiento cuidadoso que no la despeinara y, para definitiva desgracia de Adam, dejó ver unos bellísimos ojos almendrados del color de la miel dorada coronados por unas cejas claras en perfecto arco y protegidos por unas pestañas de seda bronceína que se abatieron un par de veces para adaptarse a la luz ambiente, ojos que capturaron por completo la atención del hombre que había dejado de contemplar la seductora superficie rosada de los sensuales labios para hundirse en la intensidad áurea de la mirada que lo enfocaba. El resto del rostro se difuminó; apenas si percibió los pómulos no tan altos que redondeaban un poco el rostro femenino, la nariz no del todo pequeña y graciosa como estaba de moda, la frente amplia y despejada que denotaba inteligencia y la boca que parecía demasiado sensual para la dulce belleza angelical de esos ojos.

Estaba tan encandilado que tardó en darse cuenta de que las perfectas cejas estaban curvadas hacia un ceño por demás fruncido, que los maravillosos ojos se entrecerraban cautelosos y que una comisura de la gloriosa boca se curvaba en un manifiesto gesto de prevención.

—Ejem, ¿por qué...? —Calló de nuevo.

—Porque, como usted, yo también siento un anhelo que debe ser satisfecho.

Ante la peculiar respuesta, se enderezó en la silla.

—He tenido la gran fortuna de ser muy bien educada e instruida y, como sin duda le es evidente, de no haber pasado penurias hasta el momento, pero como usted bien sabe, más allá de la necesidad, algunos de nosotros no podemos contentarnos con lo que tenemos... o no tenemos —agregó esto último con medida intención—. Y buscamos más.

“Demonios, ¿cómo podía ella describir tan bien lo que él sentía sin conocerlo?”.

—Nada hay más triste que no hacer lo imposible por cumplir nuestros sueños —apuntó con tranquilidad después de echarle una mirada penetrante—. Nada es peor que no poner nuestras capacidades y esfuerzos al servicio de una causa justa y noble. Y eso es lo que usted hace aquí, ¿no es cierto? Bien, pues la suya es una causa a la que deseo adherir y brindarle mis habilidades desde el lugar que pueda. Soy muy buena organizando, señor, y creo que, desde ese modesto aporte a su misión, mi vida tendrá más sentido. La ociosidad de una persona capaz es un insulto al don que Dios le haya dado.

La joven había terminado su discurso con un tono tan sereno como aquel con el que había empezado mostrando sus hermosos ojos brillantes que enfocaron los de un Adam fascinado como si estuviera ante una cobra. Una cautivante cobra, por cierto.

—No cabe duda, señorita Randolph, de su... interés por el puesto —señaló cerrando los ojos con la clara intención de escapar al hechizo que la joven había conjurado—. Pero

debo considerar algunos aspectos negativos derivados del hecho de contratar a una joven dama para esta tarea. No, no, permítame continuar; usted es una dama, todo en su persona lo trasunta. Por otro lado, el trabajo que realizamos en esta agencia nos lleva a codearnos con gente de muy baja ralea amén de enfrentar a diario las consecuencias de los actos más bajos y degradantes del ser humano: la ambición, la avaricia, la corrupción, las pasiones, la degeneración. Los agentes que trabajan para mí son hombres con experiencia de vida; correctos y honestos, aunque no demasiado cultivados, gente que ha nacido y crecido en los barrios bajos de Londres; definitivamente, no es gente a su altura y de la que deba estar rodeada. Y hay algo más que me siento obligado a mencionarle; me extraña —y mucho— que, con su referencia y preparación, se encuentre solicitando un simple puesto en una agencia de investigaciones.

La expresión de alarma que tensó el rostro femenino no le pasó desapercibida. Allí había algo: quizá también la joven tuviera un “pasado” como muchos en la agencia.

—Verá, señor Baker, no puedo mentirle. De hecho, usted no me deja hacerlo —ironizó con una sonrisa ladeada que obtuvo una réplica torcida de Adam, sumada a una chispeante mirada aprobadora de la expresiva franqueza femenina—. Pertenezco a una familia de buena posición y fui educada como una dama, pero también con expectativas fuera de mis posibilidades; para que me comprenda, fui criada como el hijo que mi padre no tuvo. La educación tan poco apropiada para una mujer que he recibido no fue bien aceptada por mi progenitor a pesar de haberla fomentado. Según se me ha señalado infinidad de veces en los últimos tiempos, una dama no puede tener los intereses y los objetivos poco adecuados que tengo y por eso me sentí invitada a dejar la casa paterna y seguir mi vida bajo mi única responsabilidad.

Asombrado por la explicación, Adam se echó hacia atrás en la silla y analizó la situación bajo una nueva luz: “Necesita el empleo”.

Ella suspiró mientras bajaba la vista hacia las manos entrelazadas sobre la falda a la espera de que no le pidieran más explicaciones para no tener que mentirle al hombre que ya empezaba a caerle bien.

—Podría haber acudido a conocidos, pero no quiero avergonzar a mis padres con las habladurías que eso provocaría. Debo ver por mi misma y tengo confianza en poder salir adelante.

—Qué actitud tan decidida y valiente —la alabó impactado—; sin embargo, permítame que insista: este ambiente no es para usted... Emily —utilizó a propósito el nombre de pila, un poco para que viera lo que perdería en rango y otro poco para mostrarle el rol de obediencia que debería tener con él si la contrataba.

Ella pareció captar la intención al instante. Su inteligente expresión de entendimiento y resignación volvió a enternecer a Adam que ya se había dado por enterado de su peculiar incapacidad, en tan escaso tiempo, para manejar lo que le pasaba con la dama.

—Aquí, usted sería Emily para mí y yo me transformaría en “Sí, señor Baker”, “No, señor Baker” y poco más. Los restantes agentes, personas de estrato socialmente inferior, tendrían más jerarquía y prevalecerían por sobre usted.

—Pero trabajaría bajo sus órdenes, ¿verdad?

—En efecto. Usted comprende que vivimos en un mundo de hombres; el de la investigación lo es aun más. ¿Podría aceptar eso? ¿Podría recibir las órdenes en lugar de